



Ganas de hablar

Capítulo 7

El gimnasio de enfrente

Era sábado, el último día de Romina en Düsseldorf. Mañana volvería a Madrid y Ana María se quedaría sola en el piso que durante esta última semana había compartido con su amiga. Estaba un poco triste y tenía un poco de miedo por todo lo nuevo que vendría, pero también estaba feliz, porque en un mes empezarían las clases y a ella le encantaba estudiar.

Ayer Ana María se inscribió en el gimnasio que estaba enfrente de su piso y conoció a Thomas o Tomás, como lo pronunciaba ella. Tomás era uno de los entrenadores del gimnasio, un hombre de unos treinta años, muy atlético y atractivo, de pelo castaño y ojos verdes, de un metro ochenta y cinco (1,85 m) aproximadamente y algo reservado, según parecía a simple vista.

Cuando Ana María entró al gimnasio y fue hacia la cinta para correr (llovía todo el tiempo en Düsseldorf y ella estaba acostumbrada a correr, por eso quería correr en el gimnasio, bajo techo), enseguida le llamó la atención el entrenador que le explicaba una de las máquinas a una chica muy joven.

Cuando Ana María terminó de correr, quería hacer unos abdominales en las máquinas y vio al entrenador, que se acercó a ella y la saludó tímidamente. Ella se puso roja y nerviosa, porque no sabía en qué idioma contestarle: en inglés o en alemán. Se quedó muda y solo pudo decir: hola, en español.

Tomás rio ampliamente y le contestó en excelente español: Hola, encantado de conocerte. Yo soy Thomas.

- Estoy frita, pensó Ana María. Vine a este país para estudiar por seis meses. No me puedo enamorar de nadie...

Thomas le tendió la mano, sonriente, y ella le contestó:

- Hola Tomás, encantada. Yo soy Ana María.